

CAPÍTULO 7

La eternidad de Dios

Este día nuestros corazones aprueban con alegría lo que nuestra razón nunca podrá comprender plenamente, ni siquiera Tu eternidad, oh Anciano de Días. ¿No eres Tú desde siempre, Señor, Dios mío, Santo mío?

Te adoramos a Ti, Padre Eterno, cuyos años no tienen fin; y a Ti, Hijo engendrado por el amor, cuyas salidas son eternas; también te reconocemos y adoramos a Ti, Espíritu Eterno, que antes de la fundación del mundo vivías y amabas en igual gloria con el Padre y el Hijo.

Ensancha y purifica las moradas de nuestras almas para que sean aptas moradas para Tu Espíritu, que prefieres ante todos los templos al corazón recto y puro. Amén.

El concepto de eternidad se extiende como una alta cordillera a lo largo de toda la Biblia y ocupa un lugar preponderante en el pensamiento ortodoxo hebreo y cristiano. Si rechazáramos este concepto, nos resultaría del todo imposible volver a pensar en los pensamientos de profetas y apóstoles, tan llenos de los largos sueños de la eternidad.

Dado que los escritores sagrados utilizan a veces la palabra eterno para referirse a algo que no es más que una larga duración (como "las colinas eternas"), algunas personas han argumentado que el concepto de existencia interminable no estaba en la mente de los escritores cuando utilizaron la palabra, sino que fue aportado posteriormente por los teólogos. Esto es, por supuesto, un grave error y, por lo que veo, no tiene fundamento en la erudición seria. Ha sido utilizado por ciertos maestros como un escape de la doctrina del castigo eterno. Estos rechazan la eternidad de la retribución moral, y para ser coherentes se ven obligados a debilitar toda la idea de la infinitud. Este no es el único caso en el que se ha intentado matar una verdad para mantenerla en silencio, no sea que aparezca como testigo material contra un error.

La verdad es que si la Biblia no enseñara que Dios posee un ser sin fin en el sentido último de ese término, nos veríamos obligados a inferirlo de Sus otros atributos, y si las Sagradas Escrituras no tuvieran una palabra para designar la eternidad absoluta, sería necesario que acuñáramos una para expresar el concepto, porque se supone, se implica y generalmente se da por sentado en todas partes a lo largo de las Escrituras inspiradas. La idea de eternidad es para el reino de Dios lo que el carbono es para el reino de la naturaleza. Como el carbono está presente en casi todas partes, como es un elemento esencial en toda la materia viva y suministra energía a toda la vida, el concepto de eternidad es necesario para dar sentido a cualquier doctrina cristiana. De hecho, no conozco ningún principio del credo cristiano que pudiera conservar su significado si se le extrajera la idea de eternidad.

"Desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios", dijo Moisés en el Espíritu. "Desde el punto de fuga hasta el punto de fuga" sería otra forma de decirlo muy acorde con las palabras tal como las empleó Moisés. La mente mira hacia atrás en el tiempo hasta que se desvanece el oscuro pasado, luego se vuelve y mira hacia el futuro hasta que el pensamiento y la imaginación se colapsan por agotamiento: y Dios está en ambos puntos, sin verse afectado por ninguno.

El tiempo marca el comienzo de la existencia creada, y como Dios nunca comenzó a existir no puede tener ninguna aplicación para Él. "Comenzó" es una palabra temporal, y no puede tener significado personal para el alto y sublime

Uno que habitaba la eternidad.

Ninguna edad puede amontonar sus años exteriores sobre Ti;

*¡Querido Dios! Tú eres; Tú mismo, Tu propia eternidad. Frederick F.
Faber*

Porque Dios vive en un eterno ahora, no tiene pasado ni futuro. Cuando las palabras tiempo aparecen en las Escrituras se refieren a nuestro tiempo, no al Suyo. Cuando los cuatro seres vivientes ante el trono claman día y noche: "Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir", están identificando a Dios con el flujo de la vida de las criaturas con sus familiares tres tiempos; y esto es correcto y bueno, porque Dios ha querido soberanamente identificarse así. Pero como Dios es increado, no se ve afectado por esa sucesión de cambios consecutivos que llamamos tiempo.

Dios habita en la eternidad, pero el tiempo habita en Dios. Él ya ha vivido todos nuestros mañanas como ha vivido todos nuestros ayeres. Una ilustración de C. S. Lewis puede ayudarnos. Sugiere que pensemos en una hoja de papel infinitamente extendida. Eso sería la eternidad. Luego, en ese papel, dibujemos una línea corta que represente el tiempo. Como la línea comienza y termina en esa extensión infinita, así el tiempo comenzó en Dios y terminará en Él.

Que Dios aparezca al principio del tiempo no es demasiado difícil de comprender, pero que aparezca al principio y al final del tiempo simultáneamente no es tan fácil de entender; sin embargo, es cierto. Conocemos el tiempo por una sucesión de acontecimientos. Es la forma en que explicamos los cambios consecutivos en el universo. Los cambios no se producen todos a la vez, sino en sucesión, uno tras otro, y es la relación del "después" con el "antes" lo que nos da nuestra idea del tiempo. Nosotros esperamos a que el sol se mueva de este a oeste o a que la aguja de las horas se mueva alrededor de la esfera del reloj, pero Dios no está obligado a esperar. Para Él todo lo que va a suceder ya ha sucedido.

Por eso Dios puede decir: "Yo soy Dios, y no hay nadie como yo, que declaro el fin desde el principio". Él ve el fin y el principio en una sola visión. "Porque la duración infinita, que es la eternidad misma, incluye toda sucesión", dice Nicolás de Cusa, "y todo lo que nos parece estar en sucesión no existe con posterioridad a Tu concepto, que es la eternidad.... Así, porque Tú eres Dios todopoderoso, Tú habitas dentro del muro del Paraíso, y este muro es esa coincidencia donde lo posterior es uno con lo anterior, donde el fin es uno con el principio, donde Alfa y Omega son lo mismo.... Pues AHORA y AHORA coinciden en el círculo del muro del Paraíso. Pero, oh mi Dios, el Absoluto y Eterno, es más allá del presente y del pasado que Tú existes y pronuncias el habla".

Cuando era muy anciano, Moisés escribió el salmo que he citado antes en este capítulo. En él celebra la eternidad de Dios. Para él esta verdad es un sólido hecho teológico tan firme y duro como ese Monte Sinaí con el que estaba tan familiarizado, y para él tenía dos significados prácticos: puesto que Dios es eterno, puede ser y continuar siendo para siempre el único hogar seguro para Sus hijos impulsados por el tiempo. "Señor, tú has sido nuestra morada en todas las generaciones". El segundo pensamiento es menos reconfortante: La eternidad de Dios es tan larga y nuestros años en la tierra son tan pocos, ¿cómo estableceremos el trabajo de nuestras manos? ¿Cómo escaparemos a la acción abrasiva de los acontecimientos que nos desgastarían y destruirían? Dios llena y domina el salmo, así que es a Él a quien Moisés hace su lastimera súplica: "Enséñanos, pues, a contar nuestros días, para que apliquemos nuestro corazón a la sabiduría". ¡Que el conocimiento de Tu eternidad no se desperdicie en mí!

Nosotros, que vivimos en esta época nerviosa, haríamos bien en meditar sobre nuestras vidas y nuestros días largo y tendido ante el rostro de Dios y al borde de la eternidad. Porque estamos hechos para la eternidad tan ciertamente como lo estamos para el tiempo, y como seres morales responsables debemos tratar con ambos.

"Ha puesto la eternidad en su corazón", dijo el Predicador, y creo que aquí expone tanto la gloria como la miseria de los hombres. Estar hecho para la eternidad y verse obligado a morar en el tiempo es para la humanidad una tragedia de enormes proporciones. Todo en nosotros clama por la vida y la permanencia,

y todo lo que nos rodea nos recuerda la mortalidad y el cambio. Sin embargo, que Dios nos haya hecho de la materia de la eternidad es tanto una gloria como una profecía aún por cumplir.

Espero que no se considere excesivamente repetitivo si vuelvo de nuevo a ese importante pilar de la teología cristiana que es la imagen de Dios en el hombre. Las marcas de la imagen divina han sido tan oscurecidas por el pecado que no son fáciles de identificar, pero ¿no es razonable creer que una marca puede ser el insaciable ansia de inmortalidad del hombre?

No nos dejarás en el polvo: Tú hiciste al hombre, él no sabe por qué; Él piensa que no fue hecho para morir

Y Tú lo has hecho: Tú eres justo.

Así razona Tennyson, y los instintos más profundos del corazón humano normal están de acuerdo con él. La antigua imagen de Dios susurra dentro de cada hombre la esperanza eterna; en algún lugar seguirá existiendo. Sin embargo, no puede alegrarse, porque la luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo perturba su conciencia, asustándolo con pruebas de culpabilidad y evidencias de la muerte venidera. Así que está molido entre la piedra de molino superior de la esperanza y la piedra inferior del miedo.

Justo aquí aparece la dulce relevancia del mensaje cristiano. "Jesucristo... ha abolido la muerte y ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio". Así escribió el más grande cristiano de todos justo antes de salir al encuentro de su verdugo. La eternidad de Dios y la mortalidad del hombre se unen para persuadirnos de que la fe en Jesucristo no es opcional. Para todo hombre debe ser Cristo o la tragedia eterna. Desde la eternidad, nuestro Señor vino al tiempo para rescatar a sus hermanos humanos, cuya insensatez moral los había convertido no sólo en tontos del mundo pasajero, sino también en esclavos del pecado y de la muerte.

Breve vida es aquí nuestra porción, Breve pena, efímero cuidado; La vida que no conoce fin, La vida sin lágrimas está allí.

Allí Dios, nuestro Rey y Porción,

En la plenitud de Su gracia, Entonces veremos para siempre, Y adoraremos cara a cara.

Bernardo de Cluny